

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo
según San Juan 20,1-3.11-18

Texto y comentario: BIBLIA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA

El primer día de la semana, muy de mañana, cuando aún estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían quitado la piedra de la entrada. Entonces fue corriendo a donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el que Jesús amaba, y les dijo: «¡Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto!».

María se había quedado afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Ellos le preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contestó: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Apenas dijo esto se volvió y vio a Jesús de pie, pero no lo reconoció. Jesús le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, creyendo que era el jardinero, le respondió: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré».



Jesús le dijo: «¡María!». Ella, acercándose, exclamó en hebreo: «¡Rabboní!» (que quiere decir «Maestro»). Jesús le dijo: «No me retengas, porque todavía no he subido al Padre, pero ve a decirles a mis hermanos: "Subo a mi Padre, que es el Padre de ustedes, y a mi Dios, que es el Dios de ustedes». María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: «¡He visto al Señor!». Y les contó lo que le había dicho.

Palabra del Señor

CREYENTE Y ORANTE DEL EVANGELIO DIARIO.

POR LA PALABRA DE DIOS. FORTALECE TU AMISTAD

Comentario:



BIBLIA
DE LA IGLESIA
EN AMÉRICA

María Magdalena esperaba encontrar un cadáver, por eso confunde al Resucitado con el jardinero del huerto. Mientras ella busca a Jesús es el mismo Resucitado quien sale a su encuentro y la llama por su nombre (Jn 20,16; ver Juan 10,3). Ella de inmediato lo reconoce, identificándolo como «su Maestro».

Aquí, y por primera vez en Juan, el Padre y Dios de Jesucristo se revela como el Padre y Dios de los discípulos, razón por la que Jesús llama a estos «sus hermanos».

«La hora» vivida por Jesús produce una transformación gloriosa en él y la correspondiente transformación en los suyos, porque los asocia plenamente a él; estos, por la resurrección de Jesús, son ahora «sus hermanos», es decir, aquellos que «no nacieron de la sangre ni por deseo y voluntad humana, sino que nacieron de Dios» (Jn 1,13). Han comenzado a participar de la misma vida del Padre.

